

gusto, la elegancia y el aseo ha podido convertir en necesidad.

Por la tarde llevaron á Ismena á casa de su padre; y no tanto por conformarse con el uso, como por expresar sus verdaderos sentimientos, manifestó la pena de haber dejado la casa de su padre: al dia siguiente se la volvieron á llevar á su esposo, y desde aquel momento nada turbó su felicidad.



### CAPITULO LXXVIII.

CONTINUACION DEL VIAGE A DELOS. SOBRE LA FELICIDAD.

Juntaba Filocles al corazon mas sensible un juicio exquisito, y profundos conocimientos. En su juventud habia sido discípulo de los mas célebres filósofos de la Grecia. Rico con sus luces, y mas todavía con las reflexiones propias, se habia formado un sistema de conducta, que deramaba la paz en su alma, y en cuanto le rodeaba. Nosotros no cesábamos de estudiar este hombre singular, en quien cada momento de vida era un instante de felicidad.

Un día que íbamos paseándonos por la isla, vimos sobre un templecillo de Latona, esta inscripción: *no hay cosa mas bella que la justicia, ni mejor que la salud, ni mas dulce que la posesion de lo que se ama.* Ahí teneis, dije yo, lo que Aristóteles vituperaba un día en nuestra presencia, pues creía que las calificaciones que comprende esta máxima no debian estar separadas, ni pueden convenir sino á la felicidad. En efecto, la felicidad es ciertamente lo que hay mas bello, mejor y mas dulce. ¿Pero de qué sirve describir sus efectos? Mas importante seria subir á su origen. Ese es poco conocido, respondió Filocles; cada uno toma diferente senda para llegar á él; y todos están discordes acerca de la naturaleza del sumo bien; de manera que unas veces consiste en gozar todos los placeres, y otras en la exencion de toda pena. Unos han procurado compendiar los caracteres de él en fórmulas cortas; y de esta clase es la sentencia que ahora habeis leído sobre ese templo; como tambien lo es la que se suele cantar durante la comida, y hace depender la felicidad de la salud, de la belleza, de las riquezas legitimamente adquiridas, y de la juventud pasada en el seno de la amistad. Otros hay, que ademas de estos dones preciosos ponen por requisito la fuerza corporea, el valor del ánimo, la justicia, la prudencia, la templanza, y por último la posesion de todos

los bienes, y de todas las virtudes\*; pero como la mayor parte de estas cosas no dependen de nosotros; y como aunque se reunan, pudiera no estar satisfecho nuestro corazon, es patente que no constituyen esencialmente la especie de felicidad que conviene á cada hombre en particular.

¿Pues en qué consiste, exclamó uno de nosotros con cierta impaciencia, y cuál es la suerte de los mortales, si precisados á correr tras la felicidad, ignoran la senda que han de tomar? ¡Ay, replicó Filocles, bien dignos de lástima son esos mortales! Tended la vista en torno de vos mismo, y en todas partes, en todas las condiciones no oireis mas que quejas y gemidos; no vereis mas que hombres atormentados del deseo de ser felices, y de las pasiones que les impiden serlo; sin sosiego en los placeres; sin fuerza contra el dolor; abrumados casi tanto por las privaciones, como por la posesion; murmurando sin cesar de su destino, y sin poder dejar esa vida, de que no pueden soportar el peso.

¿Habrá pues nacido el género humano para cubrir de infelices la tierra? ¿Y podrá ser que los dioses tengan el entretenimiento cruel de perseguir unas almas tan débiles como las nues-

\* Plutarco (*In Cal.*, t. I, p. 346) habla de un tal Escopas de Tesalia, que cifraba la felicidad en lo superfluo.

tras? Yo no puedo persuadirme; y así nosotros somos contra quien debemos dirigir las quejas. Examinemos en nosotros mismos la idea que tenemos de la felicidad. ¿Es otra cosa lo que comprendemos sino aquel estado en que los deseos se renovasen siempre, y siempre quedasen satisfechos; que se diversificase según la diferencia de caracteres, y cuya duración pudiera prolongar uno á su arbitrio? Preciso sería cambiar el orden eterno de la naturaleza, para que semejante estado fuese el patrimonio de uno solo de nosotros. Así pues, desear una felicidad inalterable, y sin amargura, es desear lo que no puede existir, y lo que por esta misma razón inflama mucho más nuestros deseos; porque nada hay que tenga tanto atractivo para nosotros como triunfar de los obstáculos, que son, ó parecen insuperables.

Ciertas leyes constantes, cuya profundidad se oculta á nuestra indagación, mezclan sin interrupción el bien con el mal en el sistema general de la naturaleza; y los seres, que son parte de este gran todo tan admirable en su conjunto, tan incomprendible, y á veces tan horroroso en sus pormenores, se han de resentir por precisión de esta mezcla, y experimentarán continuas vicisitudes. Con esta condición se nos ha dado la vida; y desde el punto que la recibimos quedamos condenados á andar en un círculo de

bienes y de males, de placeres y de dolores. Si preguntáis la razón de esta tan funesta suerte, otros os responderán tal vez que los dioses debían darnos bienes, y no placeres; que no nos conceden los segundos sino para precisarnos á recibir los primeros; y que para la mayor parte de los mortales, la suma de los bienes sería infinitamente mayor que la de los males, si tuviesen el acierto de incluir en la primera clase las sensaciones agradables, y las horas exentas de inquietudes y pesares. Esta reflexión pudiera suspender algunas veces nuestras quejas, pero siempre quedaba en pie la causa de ellas; porque al fin hay dolor sobre la tierra, el cual consume los días de la mayor parte de los hombres; y aun cuando no hubiese más de uno que padeciese, y aun cuando mereciese padecer, y aun cuando solo padeciese un instante de su vida, sería este instante de dolor el misterio más penoso que la naturaleza presenta á nuestros ojos.

¿Qué es lo que resulta de estas reflexiones? ¿Debemos precipitarnos ciegamente en este torrente que arrebatá, y destruye insensiblemente todos los seres; presentarnos sin resistencia, como víctimas de la fatalidad, á los golpes que nos amenazan, y renunciar, en fin, á aquella esperanza, que es el bien mayor, y acaso el único para los más de nuestros semejantes? No, sin duda que no: yo quiero que seáis felices;

pero tanto como os está permitido serlo; no con aquella felicidad quimérica, cuya esperanza constituye la infelicidad del género humano, sino con otra felicidad adecuada á nuestra condicion, y tanto mas sólida, quanto podemos hacerla independiente de los acaecimientos y de los hombres.

La índole de las personas suele facilitar la adquisicion de esta felicidad, pudiendo decirse que ciertas almas son felices, porque nacieron felices. Otras hay que necesitan de largo y continuo estudio para vencer su caracter y los obstáculos externos, y por eso decia un filósofo antiguo: « los dioses nos venden la felicidad á « precio de nuestras fatigas.» Verdad es que este estudio no requiere mayores esfuerzos que esos proyectos y movimientos que nos agitan incessantemente, y no se dirigen á lo mas, que á buscar una felicidad imaginaria.

Dicho esto, calló Filocles, pues decia no tener bastante tiempo ni luces para reducir á sistema las reflexiones que tenia hechas acerca de tan importante materia. Dignaos á lo menos, le dijo Filotas, de comunicarnos, aunque sea sin orden, ni enlace, las que buenamente os ocurran; dignaos de decirnos cómo habeis llegado á esa vida pacífica, que es forzoso os haya costado una larga sucesion de tentativas y de errores.

¡O Filocles, exclamó el joven Lisis, mirad

como los céfiros juguetean en este plátano! El aire se llena de los perfumes de tantas flores como van abriéndose: estas viñas empiezan á enlazar sus ramas con estos mirtos para no dejarlos jamas; esas ovejas que triscan en los prados; esos pájaros que cantan su amor; el sonido de los instrumentos que resuenan en el valle; todo cuanto veo, todo cuanto oigo me suspende, y me arrebata. Si, Filocles; hemos nacido para ser felices; lo veo en estos afectos dulces y profundos que en mí siento; y si conoceis el arte de prolongarlos, será delito el que hagais misterio de él.

Vos me recordais, dijo Filocles, los primeros años de mi vida. Todavía echo menos aquel tiempo en que como vos haceis ahora, me abandonaba á las impresiones que recibia: la naturaleza, á que todavía no estaba yo acostumbrado, se ofrecia á mi vista bajo la forma mas halagüeña; y mi alma nueva y sensible, parecia que respiraba alternativamente la frescura, y la llama.

Yo entonces no conocia los hombres; y en sus palabras y acciones hallaba la inocencia, y sencillez que reinaba en mi corazon: á todos los creia justos, veraces, capaces de amistad, cuales debian ser, y como yo era en realidad; y sobre todo humanos, porque para convencerse de que no lo son, es menester la experiencia.

Cercado de estas ilusiones, entré en el mundo. La urbanidad que distingue las concurrencias de Atenas, aquellas expresiones que dicta el deseo de agradar, aquellos desahogos del corazón, que tan poco cuestan, y lisonjean tanto; todas aquellas exterioridades engañosas tuvieron sumo atractivo para un hombre, que todavía no había recibido ninguna lección; yo volé á entregarme á la seducción, y dando los derechos y los sentimientos de la amistad á ciertas uniones agradables, me entregué totalmente al placer de amar, y de ser amado. Fuéme funesto el haber elegido, sin ninguna reflexión: los mas de mis amigos se separaron de mí, unos por interés, y otros por envidia, ó por veleidad: la sorpresa, y el dolor me arrancaron lágrimas amargas. Andando el tiempo, experimenté injusticias horrendas, y perfidias atroces; de suerte que despues de larga lucha conmigo mismo, me ví precisado á renunciar á aquella dulce confianza que yo tenía en todos los hombres. Este sacrificio es el que mas me ha costado en mi vida, y todavía me hace estremecer: era tan violento, que caí en el extremo opuesto; yo irritaba á mi corazón; yo alimentaba en él con gusto la desconfianza y el aborrecimiento; yo era desventurado. Al fin me vino á la memoria, que entre la multitud que hay de opiniones sobre la felicidad, hay unas con mas crédito que otras, las cuales la constituyen

en el deleite, ó en la práctica de las virtudes, ó en el ejercicio de la razón ilustrada; y yo me resolví á encontrar la mía en los placeres.

Dejo á un lado los desvarios de mi mocedad por venir al punto que les cortó el vuelo. Hallándome en Sicilia, fui á ver uno de los principales habitantes de Siracusa, á quien citaban por el hombre mas feliz de su siglo. Su aspecto me asustó, pues estando todavía en la flor de la edad, aparecía con todas las señales de la decrepitud. Tenía este hombre una multitud de músicos, que le molestaban á fuerza de celebrar sus virtudes, y otra multitud de hermosas esclavas, quienes con sus danzas encendían de cuando en cuando en sus ojos cierto fuego sombrío y moribundo. Así que quedamos solos, le dije: yo os saludo á vos, que en todo tiempo habeis sabido fijar los placeres en vuestra compañía. ¡ Los placeres! me respondió airado: ninguno me ha quedado, ni me queda mas, que la desesperación que trae el estar privado de ellos: ese es el único sentimiento que me queda, y va acabando de aniquilar este cuerpo abrumado de dolores y de males. Yo empecé á animarle, pero hallé un alma embrutecida, sin principios, ni recursos; y despues supe que nunca había tenido rubor de sus injusticias, y que los gastos mas locos iban acabando de día en día con la hacienda de sus hijos.

Este ejemplo, y los disgustos que sucesivamente fui experimentando, me sacaron de la ilusion en que habia años que vivia, y me incitaron á fundar mi reposo en la práctica de la virtud y el uso de la razon. Dedicuéme á una y otra con gran diligencia; pero tambien estuve muy cerca de abusar de ellas. La suma austeridad de mi virtud, solia llenarme de indignacion contra la sociedad, y la suma rigidez de mi razon me hacia indiferente á todos los objetos. La casualidad disipó estos dos errores.

En Tebas trabé amistad con un discípulo de Sócrates, en quien alababan mucho la probidad. Lo sublime de sus principios me admiró ciertamente, y no menos lo arreglado de su conducta; pero poco á poco habia ido introduciendo tanta supersticion, y tanto fanatismo en su virtud, que se le podia notar de no tener, ni debilidad para sí, ni indulgencia para los demas; y así vino á parar en descontentadizo, suspicaz y aun injusto; y de esta suerte, aunque todos apreciaban las calidades de su corazon, no gustaban de hallarse en su presencia.

Poco tiempo despues, hallándome en Delfos con motivo de la solemnidad de los juegos píticos, ví en una arboleda sombría un hombre, que pasaba por persona muy ilustrada, y me pareció estar abatido de disgustos. Yo, me dijo, á fuerza de usar de la razon, he disipado la ilusion

de las cosas de la vida. Nací con todas aquellas ventajas que pueden lisonjear á la vanidad; pero en lugar de disfrutar de ellas, me puse á analizarlas; y desde aquel instante, las riquezas, el nacimiento, y las gracias personales, quedaron reducidas á mis ojos, á unos títulos vanos que la casualidad distribuye á los hombres. Llegué á obtener las primeras magistraturas de la república; y me cansé de ellas al ver la dificultad de hacer bien, y la facilidad de hacer mal. Fui á buscar la gloria en las batallas; bañé mis manos en la sangre de los desventurados, y me causó horror mi furor. Cultivé las ciencias y las artes, y me llenó de dudas la filosofia; no hallé en la elocuencia mas que el arte pérfido de engañar á los hombres; ni en la poesia, la música y la pintura, mas que el arte pueril de divertirlos. Quise fiarme de la estimacion pública, y viendo á mi lado unos hipócritas de virtudes, que alcanzaban impunemente el voto de ella, me cansé del público y de su estimacion. De esta manera, solo me quedaba una vida sin ningun atractivo, sin ningun estímulo, y reducida realmente á la repeticion fastidiosa de los mismos actos y de las mismas necesidades.

Cansado de mi existencia, fui á llevar mis pesares á paises lejanos. Las pirámides de Egipto me maravillaron á la primera vista; pero al instante comparé el orgullo de los príncipes que

las levantaron, al de una hormiga que amontonase en una senda unos cuantos granos de arena, para dejar á la posteridad algun rastro de haber pasado por allí. El gran rey de Persia me dió en su corte un destino, que puso sus súbditos á mis pies; pero aquella excesiva bajeza me pareció al instante el anuncio de su ingratitud. Volvíme á mi patria, sin poder ya admirar, ni estimar nada, y por consecuencia fatal, sin quedarme fuerza para amar nada. Cuando llegué á conocer mi error, no era ya tiempo de poner remedio; pero aunque no siento muy vivo interes por mis semejantes, con todo deseo que mi ejemplo pueda servir de leccion; porque al cabo, nada tengo que temer de vos, pues nunca he sido tan desgraciado que os haya hecho ningun servicio. Hallándome en Egipto, conocí un sacerdote, que despues de gastar sus dias tristemente en penetrar el origen y fin de las cosas de este mundo, me decia suspirando: ¡desdichado del que emprende correr el velo de la naturaleza! Y por mi parte, yo os digo: ¡desdichado del que corra el velo de la sociedad! ¡Desdichado del que rehuya de entregarse á esa ilusion teatral, que las preocupaciones y las necesidades han esparcido sobre todos los objetos! Su alma, yerta y lánguida, se hallaria muy pronto, aunque en vida, en el seno de la nada, lo que es el suplicio mas horrendo. Diciendo estas palabras, se le sal-

taron las lágrimas, y se metió por el bosque, que allí cerca estaba.

Bien sabeis que las naves evitan con gran precaucion los escollos que están señalados por los naufragios de los primeros navegantes: pues del mismo modo en mis viages sacaba provecho de los yerros de mis semejantes, y de ellos aprendí lo que hubiera ciertamente podido enseñarme la mas ligera reflexion; pero que nunca se sabe sino por experiencia propia, y es que la demasia de la razon y de la virtud es casi tan funesta como la de los placeres: que la naturaleza nos ha dado ciertas inclinaciones, que el extinguirlas es tan peligroso como apurarlas: que soy deudor de mis servicios á la sociedad, y debia adquirir derechos á su estimacion; y por último, que para llegar á aquel fin dichoso que continuamente se presentaba y huia delante de mí, debia sosegar la inquietud, que sentia en lo íntimo de mi alma y la sacaba á todas horas de si misma.

Nunca habia yo hecho estudio de los sintomas de esta inquietud, hasta que al fin advertí que en los animales estaba limitada á la conservacion de la vida y propagacion de la especie; pero en el hombre duraba aun despues de satisfacer las primeras necesidades: que era mas general en las naciones cultas que en los pueblos bárbaros; mas fuerte y mas tiránica en los ricos que en los po-

bres. Así pues, lo que acibara nuestra vida es el lujo de los pensamientos y deseos: este lujo insaciable es quien anda inquieto en la ociosidad, y quien para mantenerse floreciente, se alimenta de nuestras pasiones, las irrita incesantemente, y solo recoge de ellas amargos frutos. Pues, ¿por qué no le suministramos otros alimentos mas saludables? ¿Por qué no miramos esta agitacion que experimentamos, aun estando saciados de bienes y placeres, como un movimiento que imprime la naturaleza en nuestros corazones, para forzarlos á reunirse entre sí, y hallar su quietud en una mutua union.

¡O humanidad, propension generosa y sublime, que te anuncias en nuestra infancia con el alborozo de la cándida ternura; en la mocedad, con la temeridad de la confianza ciega; y en el discurso de nuestra vida, con la facilidad en contraer nuevas amistades! ¡O clamores de la naturaleza, que resonais del uno al otro extremo del universo, llenándonos de remordimientos cuando oprimimos á nuestros semejantes, y de inefable deleite cuando podemos aliviarles! ¡O amor, ó amistad, ó beneficencia, fuentes inagotables de bienes y dulzuras! Si los hombres son desdichados, es porque no quieren oír vuestra voz. ¡Dioses, autores de tan grandes beneficios! sin duda que el instinto, reuniendo unos seres agobiados de necesidades y de males, po-

dia servir en algun modo de apoyo á su debilidad; pero solo vuestra infinita bondad pudo formar el plan de juntarnos por medio del atractivo del sentimiento, y difundir sobre esas numerosas asociaciones que cubren la tierra, cierto calor capaz de eternizar su duracion.

Veis aqui ahora que en lugar de alimentar este fuego sagrado, dejamos que las disensiones frivolas, ó los intereses viles, conspiren continuamente á apagarlo. Si nos dijeran que dos personas que no se conocian, habian sido arrojadas por casualidad á una isla desierta, y habian llegado á lograr con su union tales delicias, que les indemnizasen del resto del universo: si nos dijeran que habia una familia ocupada únicamente en estrechar los vínculos de la sangre con los de la amistad: si nos dijeran que habia en un rincón de la tierra, un pueblo que no conocia otra ley que la de amarse, ni otro delito que no amarse, ¿cuál de nosotros se atreveria á dolerse de la suerte de aquellas dos personas que no se conocian? ¿Cuál no desearia ser de aquella familia? ¿Cuál no volaria á aquel clima afortunado? ¡O mortales ignorantes é indignos de vuestro destino! No se necesita pasar los mares para descubrir la felicidad, sino que puede haberla en todas las profesiones, en todos los tiempos, en todo lugar, en vosotros, en torno de vosotros, y donde quiera que haya amor.



Esta ley de la naturaleza, tan desatendida de nuestros filósofos, no estuvo oculta al legislador de una nacion poderosa. Hablándome un dia Xenofonte acerca de la educacion de la juventud de Persia, me dijo que tenian en las escuelas un tribunal adonde iban á acusarse unos á otros de sus defectos, y que se castigaba la ingratitud con la mayor severidad; añadiendo que por ingratos, entendian los Persas todos los que incurrian en alguna falta con los dioses, los parientes, la patria ó los amigos. Admirable es por cierto una ley como esta, que no solamente manda practicar todos los deberes, sino que yendo al origen de ellos los hace amables. En efecto, si nadie puede faltar á ella sin ingratitud, se sigue que es preciso cumplirlos por un motivo de reconocimiento; de donde resulta este principio luminoso y fecundo, que no se debe obrar sino por amor.

No teneis que anunciar semejante doctrina á esas almas, que dominadas por pasiones violentas, no reconocen ningun freno; ni á aquellas almas yertas, que reconcentradas en sí mismas, solo sienten los disgustos que les son personales. Debemos dolernos de las primeras, las que contribuyen mas á la infelicidad de los demas, que á su particular felicidad. En cuanto á las segundas, casi nos inclinariamos á envidiarles su suerte; porque si á los bienes de fortuna

y á la salud, pudiésemos juntar una indiferencia profunda á nuestros semejantes, bien que disfrazada con la apariencia del cariño, lograríamos la felicidad, fundada únicamente en los placeres moderados de los sentidos, y tal vez estaria menos sujeta á vicisitudes crueles. ¿Pero depende acaso de nosotros el ser indiferentes. ¿Si estuviésemos destinados á vivir abandonados á nosotros mismos sobre el monte Caucasó, ó en los desiertos de Africa, quizá la naturaleza nos hubiera negado un corazón sensible; pero si nos lo hubiera dado, antes que no amar nada, hubiera este corazón amansado los tigres, y animado las piedras.

Debemos pues someternos á nuestro destino; y ya que nuestro corazón tiene precision de difundirse, lejos de pensar en contenerle, aumentemos, si es posible, el calor y la actividad de sus movimientos, dándole aquella direccion que no le deje extraviarse.

No propongo por regla mi ejemplo; pero en suma, pues deseais conocer el sistema de mi vida, sabed que el secreto de atender á los deberes de mi estado, como á las necesidades de mi vida, le he encontrado estudiando la ley de los Persas, y estrechando cada vez mas los vinculos que nos unen con los dioses, con nuestros parientes, con la patria y con los amigos; y en ella tambien he aprendido, que el que

mas vive para los demas, vive mas para sí.

Despues de esto, se extendió Filocles sobre la necesidad de invocar á favor de nuestra razon, y de nuestras virtudes, la ayuda de una autoridad que sirva de apoyo á su flaqueza; y nos declaró hasta qué grado de poderío puede llegar un alma, que mirando todos los acaecimientos de la vida como otras tantas leyes emanadas del mayor y mas sabio legislador, está obligado á luchar con el infortunio, ó con la prosperidad. Sereis útiles á los hombres, añadió, si vuestra piedad fuere fruto de la reflexion; pero si teneis la fortuna de que se convierta en afecto, hallareis mayor dulzura en hacerles bien, y mayor consuelo, cuando experimenteis de ellos las injusticias.

Continuaba exponiendo estas verdades, cuando le interrumpió un joven de Creta, amigo nuestro, llamado Demofonte, quien hacia algun tiempo que se jactaba con el titulo de filósofo. Llegando pues de improviso, se puso á hablar contra las opiniones religiosas, con tal ardor y desprecio, que Filocles creyó necesario desengañarle, dándole otras ideas mas sanas. Dejo esta discusion para el capítulo siguiente.

La antigua sabiduría de las naciones, prosiguió Filocles, ha confundido, por decirlo así entre los objetos del culto público los dioses, autores de nuestra existencia, con los padres, au-

tores de nuestra vida. Nuestros deberes, respecto de unos y otros, están intimamente ligados en los códigos de los legisladores, en los escritos de los filósofos, y en los usos de las naciones.

De aqui dimana la costumbre sagrada que tienen los Pisidios de empezar sus comidas con libaciones en honra de sus padres. De allí tambien aquella magnífica idea de Platon: si la divinidad recibe con agrado el incienso que ofreceis á las estatuas que la representan, ¡cuánto mas venerables deben ser á sus ojos y á los vuestros, esos monumentos que conserva en vuestras casas, ese padre, esa madre, esos abuelos, en otro tiempo imágenes vivas de su autoridad, y ahora objetos de su especial proteccion! No lo dudeis, la divinidad ama á los que los honran, y castiga á los que los desatienden ó los ultrajan. Si fueren injustos con vosotros, acordaos antes que prorumpais en quejas, del consejo que daba el sabio Pitaco á cierto mancebo, que acusaba judicialmente á su padre: « Si no tienes razon, te condenarán; y si la tienes, mereces que te condenen.»

Pero en lugar de insistir sobre el respeto que debemos á los que nos han dado el ser, tengo por mejor daros á entender cuál es el atractivo victorioso que ha dado la naturaleza á las proyecciones que son necesarias para nuestra felicidad.

En la infancia, en que todo es sencillo porque